

ANTONIO GRAMSCI

PRÓLOGO DE IGNASI GOZALO SALELLAS

.....

HORIZONTES DE
EMANCIPACIÓN

LA OBRA TEMPRANA (1916-1919)



Antonio Gramsci

Horizontes de emancipación

La obra temprana (1916-1919)

Prólogo de Ignasi Gozalo Salellas

Traducción de Patricia Carina Dip y Cristina Marés

Ariel

Primera edición: junio de 2025

© 2015 EDITORIAL GORLA, Buenos Aires, Argentina

Traducción de Patricia C. Dip

© 2011 de la traducción: Euro Transmit, S. L.

Los editores agradecen a la Editorial Gorla la colaboración en la traducción y la cesión de algunos de los textos incluidos.

© por el prólogo, Ignasi Gozalo Salellas, 2025

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3893-4

Depósito legal: B. 7.396-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

<i>Prólogo de Ignasi Gozalo Salellas: Fascismo o emancipación</i>	9
Del socialismo al comunismo	21
Una filosofía de los valores. Compromiso, justicia y emancipación	71
Italia, nación y condición	89
Una ventana a Europa y el mundo	133
Guerras	159
Escuela y cultura	181
<i>Notas</i>	203
<i>Índice desglosado.</i>	217

Socialismo y cultura

Hace un tiempo atrás ha caído en mis manos un artículo en el que Enrico Leone, de esa manera intrincada y nebulosa que le es tan propia, repetía algunos lugares comunes acerca de la cultura y el intelectualismo en relación con el proletariado, oponiéndoles la *práctica*, el *hecho histórico*, para cuyo advenimiento la clase se está preparando con sus propias manos.¹ No consideramos inútil volver sobre el tema, tratado otras veces en el *Grido* y que tuvo, especialmente en la *Avanguardia* de los jóvenes, un tratamiento más rigurosamente doctrinal en ocasión de la polémica entre el napolitano Bordiga y nuestro Tasca.²

Recordaremos dos fragmentos, uno de un romántico alemán, Novalis (que vivió de 1772 a 1801), que dice:

El supremo problema de la cultura es adueñarse del propio yo trascendental, ser al mismo tiempo el yo del propio yo. Por eso sorprende poco la completa falta de sensibilidad y entendimiento de los demás. Sin una perfecta comprensión de nosotros mismos, no podemos conocer verdaderamente a los demás.³

El otro, que resumiremos, de G. B. Vico. Vico (en el *Primer corolario acerca del habla por caracteres poéticos de las prime-*

ras naciones, en la *Ciencia Nueva*)⁴ da una interpretación política del famoso dicho de Solón, que luego Sócrates hace suyo en la filosofía: «Conócete a ti mismo», sosteniendo que con ese dicho Solón quiere prevenir a los plebeyos, quienes se consideraban a sí mismos de *origen animal* y a los nobles de *origen divino*, para que reflexionen sobre sí mismos y se reconozcan de *igual naturaleza humana que los nobles* y, en consecuencia, reclamen igualdad de derechos civiles. Y pone luego en esta conciencia de la igualdad humana entre plebeyos y nobles, la base y la razón histórica del surgimiento de las repúblicas democráticas en la Antigüedad.

De este modo, no hemos acercado arbitrariamente los dos fragmentos. Nos parece que en ellos son delineados, si no difusamente expresados y definidos, los límites y los principios sobre los cuales debe fundarse una justa comprensión del concepto de cultura, incluso en relación al socialismo.

Es necesario desacostumbrarse y dejar de concebir la cultura como saber enciclopédico, en el que el hombre no es visto sino bajo la forma de recipiente en el que se llenan y amontonan datos empíricos de hechos brutos e inconexos, que deberá clasificar y encasillar en su cerebro como en las columnas de un diccionario, para poder luego responder en cada ocasión a los varios estímulos del mundo externo. Esta forma de cultura es verdaderamente dañina, especialmente para el proletariado. Sirve solo para crear desorientados, gente que cree ser superior al resto de la humanidad porque ha acumulado en la memoria una cierta cantidad de datos y fechas que desparrama en toda ocasión para convertirlos casi en una barrera entre ellos y los demás. Sirve para crear cierto intelectualismo fofo e incoloro, tan severamente criticado por Romain Rolland, que ha sacado a la luz toda una caterva de presuntuosos y delirantes, más nocivos para la vida social que los microbios de la tuberculosis o la sífilis para la belleza y la salud física de los cuerpos. El *estudiantito* que sabe un poco de latín y de historia, el *abogaducho* que

por casualidad y por la indolencia de los profesores ha conseguido una licenciatura, se creerán distintos y superiores incluso al mejor trabajador especializado que cumple en la vida un objetivo bien preciso e indispensable y que en su actividad vale cien veces más que ellos en la suya. Pero esto no es cultura sino pedantería, no es inteligencia sino intelecto y, contra ella, con justa razón se reacciona.

La cultura es algo bien distinto. Es organización, disciplina del propio yo interior, toma de posesión de la propia personalidad, conquista de una conciencia superior, por la cual se logra comprender el propio valor histórico, la propia función en la vida, los propios deberes y derechos. Pero todo esto no puede surgir por evolución espontánea, por acciones y reacciones independientes de la propia voluntad, como sucede en la naturaleza vegetal y animal, en la cual se seleccionan y especifican los órganos propios de todo individuo inconscientemente, por leyes fatales de las cosas. El hombre es, ante todo, espíritu, esto es, creación histórica, y no naturaleza.* No podría explicarse de otro modo por qué, habiendo existido siempre explotadores y explotados, creadores de riqueza y egoístas consumidores de la misma, todavía no se ha realizado el socialismo. La razón es que solo gradualmente, paso a paso, la humanidad ha tomado conciencia del propio valor y ha conquistado el derecho a vivir independientemente de los esquemas y de los derechos de minoridad históricamente sostenidos con anterioridad. Y esta conciencia no se ha formado bajo el estímulo brutal de la necesidad fisiológica, sino por la reflexión inteligente, primero de algunos y luego de toda una clase, sobre las razones de ciertos hechos y sobre los mejores medios para

* En el período carcelario, la antropología filosófica de Gramsci adoptará un sentido feuerbachiano, que la alejará definitivamente de cierto idealismo del período juvenil. Este proceso va de la mano de la revisión de la figura de Croce. En este marco, el hombre dejará de ser pensado en términos de «espíritu» para ser concebido en relación con los demás hombres y la naturaleza. (*N. de la T.*)

convertirlos de ocasión de vasallaje en símbolo de rebelión y de reconstrucción social.

Esto quiere decir que toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de compenetración de ideas a través de la unión de hombres, primero refractarios y solo preocupados por resolver día a día, hora a hora, los propios problemas económicos y políticos por sí mismos, sin lazos de solidaridad con los demás, que se encontraban en las mismas condiciones. El último ejemplo, el más cercano y por lo tanto menos diferente al nuestro, es el de la Revolución francesa. El anterior período cultural, llamado Iluminismo, tan difamado por los fáciles críticos de la razón teórica, no fue de ninguna manera, o al menos no fue completamente, esa inconstancia de superficiales inteligencias enciclopédicas que discurrían de todo y de todos con la misma imperturbabilidad, que creían ser hombres de su tiempo solo después de haber leído la *Gran Enciclopedia* de D'Alembert y Diderot; no fue, en suma, un fenómeno de intelectualismo pedantesco y árido similar al que vemos ante nuestros ojos y que encuentra su mejor explicación en las Universidades Populares de ínfimo orden. Fue una magnífica revolución, por la cual, como nota agudamente De Sanctis en la *Historia de la literatura italiana*,⁵ se había formado en toda Europa, como una conciencia unitaria, una internacional espiritual burguesa sensible en cada una de sus partes a los dolores y desgracias comunes, y que era la mejor preparación para la revuelta sangrienta luego sucedida en Francia.

En Italia, en Francia, en Alemania se discutían las mismas cosas, las mismas instituciones, los mismos principios. Cada nueva comedia de Voltaire, cada nuevo *pamphlet* era como la chispa que pasaba por los hilos ya tendidos entre Estado y Estado, entre región y región, y se encontraban los mismos consensos y las mismas oposiciones por todas partes y simultáneamente. Las bayonetas del ejército de Napoleón encontraban el camino ya allanado por un ejército invisible de li-

bros, de opúsculos que habían abandonado París a fines de la primera mitad del siglo XVIII, y que habían preparado a los hombres y las instituciones para la necesaria renovación. Más tarde, cuando los hechos de Francia habían consolidado la conciencia, bastaba un movimiento popular en París para suscitar otros similares en Milán, en Viena y en los centros más pequeños. Todo eso les parece natural, espontáneo a los simplistas, y, sin embargo, sería incomprensible si no se conocieran los factores culturales que contribuyeron a crear ese estado de ánimo listo para estallar por una causa que se creía común.

El mismo fenómeno se repite hoy en el caso del socialismo. Es a través de la crítica a la civilización capitalista que se ha formado y se está formando la conciencia unitaria del proletariado, y crítica quiere decir cultura y no ya evolución espontánea y natural. Crítica quiere decir justamente esa conciencia del yo que Novalis consideraba como finalidad de la cultura. Yo que se opone a los otros, que se diferencia y, habiéndose creado una meta, juzga los hechos y los acontecimientos, además de en sí y por sí mismos, como valores de propulsión y repulsión. Conocerse a sí mismos quiere decir ser sí mismos, quiere decir ser dueños de sí mismos, diferenciarse, salir fuera del caos, ser un elemento de orden, pero del propio orden y de la propia disciplina, por causa de un ideal. Y este no se puede alcanzar si no se conoce también a los demás, su historia, los sucesivos esfuerzos que han realizado para ser lo que son, para crear la civilización que han creado y a la que nosotros queremos sustituir por la nuestra. Quiere decir tener nociones sobre la naturaleza y sus leyes para conocer las leyes que gobiernan el espíritu. Y aprenderlo todo sin perder de vista el objetivo último, que es conocerse mejor a sí mismos a través de los demás y a los demás a través de sí mismos.

Si es cierto que la historia universal es una cadena de los esfuerzos que el hombre ha hecho para liberarse de los privilegios, prejuicios e idolatrías, no se entiende por qué el

proletariado, que no tiene otro anhelo que añadir un eslabón a esa cadena, no deba saber cómo, por qué y por quién ha sido precedido, y qué ventaja pueda sacar de este saber.

Il Grido del Popolo, 29 de enero de 1916

Socialismo y cooperación

El oficioso economista del nacionalismo italiano, prof. Alfredo Rocco, está persuadido de haber demolido para siempre el programa colectivista del socialismo con esta formidable objeción: Italia tiene una riqueza que oscila entre los 80 y 100 millones; teniendo en cuenta que los asalariados son una enorme mayoría frente a los capitalistas, si los frutos de la producción fueran repartidos de modo colectivo, el aumento del bienestar para los humildes sería mínimo y no justificaría la crisis que el traspaso de un régimen a otro supondría.⁶

La objeción es pueril porque el socialismo no tiende solamente a resolver el problema de la distribución de los productos. La justificación moral de nuestro esfuerzo y de la revolución que este aportará, la ofrece, por el contrario, la certeza adquirida por el proletariado a través de la crítica de los actuales modos de producción, ya que el colectivismo servirá para acelerar el ritmo de la producción misma, eliminando las causas artificiales que limitan su rendimiento.

Entre estas, ni la última, ni la menos importante es el individuarse *casual* de la riqueza, la frecuente coincidencia entre la persona del capitalista y la del industrial, aunque el último no tenga la inteligencia ni la competencia técnica requerida por la tarea que debe cumplir socialmente. La misma organización burguesa logra remediar en parte esta *inmoralidad* del caso. La banca, las cajas de ahorro, tienden

precisamente a reunir el capital de los más inertes para hacerlo administrar por los más audaces y activos. Más modernamente, las sociedades anónimas, las cuales, dicho *grosso modo*, no son otra cosa que cooperativas de producción que buscan el mayor beneficio y la mejor utilización del capital, representan lo mejor que la organización burguesa puede ofrecer para eliminar la mónada capitalista, para distinguir el elemento *técnico* del elemento *capital*. Son por lo tanto un experimento social de la máxima importancia para el socialismo porque sirven para expresar siempre de modo manifiesto la verdad: que el capitalista no es en absoluto necesario y que el espíritu de iniciativa, el impulso vital económico, no es reprimido por el hecho de que los administradores, los técnicos de la empresa son simples asalariados y no quienes se interesan hasta las últimas consecuencias por el rendimiento.

Si estas formas de cooperación capitalista son tendencialmente pruebas concretas de la propaganda socialista, en mayor medida lo son las cooperativas de consumo, las cuales, como la Alianza Turinesa, han adquirido una marcada impronta de clase y están estrictamente ligadas al desarrollo del proletariado.

El consumo es un campo relativamente neutro de la actividad social. El *pueblo* se divide en dos clases en función de la producción, no del consumo. Solo políticamente, no económicamente, también el consumo puede transformarse en campo de lucha, en tanto el Estado, ente gubernamental y ejecutivo de la burguesía capitalista, por medio del proteccionismo y los impuestos aduaneros, regula el consumo antes que la producción del capitalismo nacional. Pero todos son consumidores, y todos, excepto los pocos que han convertido el consumo en fuente de especulación, son alguna vez solidarios contra la exacerbación y el encarecimiento, salvo que se distinguen por los métodos de lucha y los fines políticos que cada uno persigue a través de esa lucha. Por eso, dadas estas interferencias sociales en función del consu-

mo, no se puede ciertamente afirmar que la cooperación sea en su esencia socialista, y sería ingenuo y criminal hacer creer que esta da cumplimiento al programa socialista. Pero, prescindiendo de las enormes ventajas que las cooperativas aportan a *todos* los consumidores (las cuales fueron bien puestas de manifiesto por o.p. en uno de los últimos números),⁷ las cooperativas del tipo de la Alianza son uno de los grandes experimentos a través de los cuales se afina el sentido de responsabilidad social de los socialistas. A ellos se les podría repetir y con razón las palabras de entusiasmo que Sorel usaba en otros tiempos para exaltar la obra reconstructiva de los sindicatos obreros.⁸ Porque estos son un intento de toma de posesión de la realidad económica socialista, experimentan, desgraciadamente, el malestar de encontrarse insertos en un tronco heterogéneo, que por necesidad de vida y desarrollo se conforman en parte y que, por lo tanto, en parte se amoldan, pero vibran también con vida propia a duras penas contenida, y producen desgarros incurables.

Por lo demás, tampoco el capitalismo es burgués en su esencia histórica; en realidad es una superestructura burguesa, es la forma concreta adquirida por el desarrollo económico un tiempo después de afirmarse como poder político de la nueva clase, por el esfuerzo que esta hizo por hundir siempre más sólidamente sus raíces en el mundo. Y de la misma manera que los núcleos económicos, potencialmente capitalistas, surgidos antes del 89, debido al malestar en el que vivían, sofocados por las estructuras feudales que aún permanecían, fueron las primeras cuñas que desgarraron el feudalismo, los núcleos económicos creados y alimentados por el proletariado con fines de clase, en el centro mismo de la sociedad burguesa, pueden convertirse en un potente estímulo para derribarla.

Desde este punto de vista, incluso las cooperativas de consumo pueden, si se quiere, adquirir valor revolucionario. Estas son, incluso en su forma actual, una especie de

conexión entre el presente y el futuro. Desarrolladas, reforzadas y multiplicadas, se convertirán en armas dirigidas contra el sistema burgués. Como la actual guerra se diferencia de las pasadas por el hecho de que absorbe completamente la actividad nacional, la revolución proletaria se diferencia de la burguesa por la inmediata y profunda repercusión que tendrá en la actividad internacional. Por eso, cuanto más numerosos sean estos órganos de consumo que el proletariado logrará crear, tanto más fácilmente superará la terrible crisis que acompañará y seguirá al acto de su emancipación.

L'Alleanza Cooperativa, 30 de octubre de 1916

Márgenes

1.

El esfuerzo realizado para conquistar una verdad hace aparecer un poco como propia la verdad misma, incluso si en su nueva enunciación no se ha añadido nada realmente propio, ni se ha dado siquiera una ligera coloración personal. Es por eso que a menudo se plagia a los demás inconscientemente, y se desilusiona uno por la frialdad con la que se acogen declaraciones que se estimaban capaces de sacudir, de entusiasmar. Amigo mío, nos repetimos desconsoladamente, el tuyo era el huevo de Colón. Bueno, no me importa ser el descubridor del huevo de Colón. Prefiero repetir una verdad ya conocida que devanarme la inteligencia para fabricar paradojas brillantes, ingeniosos juegos de palabras y acrobacias verbales que hagan sonreír pero no pensar.

La jardinera plebeya es siempre la sopa más nutritiva y más apetitosa precisamente porque está preparada con las

legumbres más comunes. Me gusta ver cómo es engullida a grandes cucharadas por hombres fuertes y ricos en jugos gástricos que llevan en la fuerza de su voluntad y de sus músculos el porvenir. La verdad más trillada nunca se ha repetido lo suficiente como para que se vuelva máxima y estímulo para la acción de todos los hombres.

2.

Cuando discutas con un adversario, trata de ponerte en sus zapatos. Lo comprenderás mejor y tal vez acabarás concediéndole un poco, o mucho, de razón. He seguido este consejo de sabios durante algún tiempo. Pero los zapatos de mis oponentes estaban tan sucios que he concluido: es mejor ser injusto algunas veces que experimentar de nuevo este asco que me provoca el desmayo.

3.

La deserción del socialismo de muchos de los llamados intelectuales (a propósito: ¿intelectual siempre significa inteligente?) se ha convertido para los tontos en la mejor evidencia de la pobreza moral de nuestra idea. El hecho es que fenómenos similares han ocurrido y ocurren con el positivismo, el nacionalismo, el futurismo y todos los otros ismos. Son los que provocan las crisis, los individuos de almas minúsculas siempre en busca de un ancla, que se lanzan sobre la primera idea que se presenta con la apariencia de poder convertirse en un ideal y se alimentan de ella mientras dura el esfuerzo que invierten en apoderarse de ella. Cuando llegan al final del esfuerzo y se dan cuenta (pero esto es efecto de la poca profundidad espiritual, del poco ingenio, después de todo) de que esa idea no es suficiente para todo, de que hay problemas cuya solución (si es que existe) está fuera de esa ideología (pero tal vez está unida a ella en un plano superior), se lanzan sobre otra cosa que sea una verdad, que represente aún una incógnita y, por lo tanto, presente probabilidades de nuevas satisfacciones. Los hombres siem-

pre buscan fuera de sí mismos la razón de sus propios fracasos espirituales; no quieren convencerse de que la causa es siempre y solo su alma pequeña, su falta de carácter e inteligencia. Existen los diletantes de la fe, así como los del conocimiento.

Eso en la mejor de las hipótesis. Para muchos, la crisis de conciencia no es más que una factura vencida o el deseo de abrir una cuenta corriente.

4.

Se dice que en Italia se encuentra el peor socialismo de Europa. Ojalá fuera así: Italia tendría el socialismo que se merece.

5.

El progreso no consiste en otra cosa que en la participación de un número cada vez mayor de individuos en un bien. El egoísmo es el colectivismo de los apetitos y de las necesidades de un individuo: el colectivismo es el egoísmo de todos los proletarios del mundo. Los proletarios no son verdaderos altruistas en el significado que los humanitarios cortos de entendederas le han dado a esa palabra. Pero el egoísmo del proletariado se ve ennoblecido por la conciencia que el proletariado posee de no poderlo satisfacer totalmente sin que lo hayan satisfecho al mismo tiempo todos los demás individuos de su misma clase. Y por eso, el egoísmo proletario crea inmediatamente la solidaridad de clase.

6.

Se ha dicho que el socialismo ha muerto en el mismo momento en que se ha demostrado que la sociedad del futuro que los socialistas decían estar creando era solo un mito bueno para la multitud. También yo creo que el mito se ha disuelto en la nada. Sin embargo, su disolución era necesaria. El mito se había formado cuando todavía estaba viva la superstición científica, cuando había una fe ciega en todo lo

que fuera acompañado del atributo *científico*. El logro de esta sociedad modelo era un postulado de positivismo filosófico, de la filosofía *científica*. Pero esta concepción no era científica, era solo mecánica, áridamente mecánica. Ha quedado su recuerdo descolorido en el reformismo teórico (pero también la «Crítica social» ya no se llama así: *Revista del socialismo científico*) de Claudio Treves, un juguete del fatalismo positivista cuyos determinantes son energías sociales abstraídas por el hombre y la voluntad, incomprensibles y absurdas: una forma de misticismo árido, sin pasión ni dolor. Esa era una visión libresca, una visión de papel, de la vida: se ve la unidad, el efecto, no se ve lo múltiple, el hombre de cuya unidad es la síntesis. La vida es para ellos como una avalancha que se observa desde la distancia, en su irresistible caída. ¿Puedo yo detenerla?, se pregunta el homúnculo: no, porque no sigue una voluntad. Porque la avalancha humana obedece a una lógica que caso por caso puede no ser la mía individual, y yo como individuo no tengo la fuerza para detenerla ni desviarla, me convengo de que no tiene una lógica interna, sino que obedece a las leyes *naturales* inviolables.

Ha llegado la *debacle* de la ciencia o, mejor dicho, la ciencia se ha limitado a cumplir la tarea que le fue encomendada; se ha perdido la confianza ciega en sus deducciones y así ha caído el mito que había contribuido poderosamente a originar. Pero el proletariado se ha renovado: ninguna desilusión puede agotar su convicción, como ninguna helada destruye del todo el brote repleto de jugos vitales. Ha reflexionado sobre sus propias fuerzas y sobre cuánta fuerza es necesaria para lograr sus objetivos. Se ha dignificado en la conciencia de las cada vez mayores dificultades que ve ahora, en el propósito de los cada vez mayores sacrificios que siente el deber de hacer. Ha llegado un proceso de internalización: se ha transportado desde el exterior hacia el interior del factor de la historia: a un período de expansión le sucede siempre uno de inten-

sificación. La *ley natural*, el fatal curso de las cosas de los pseudocientíficos han sido reemplazados: *la voluntad tenaz del hombre*.

El socialismo no ha muerto, porque no han muerto los hombres de buena voluntad.

7.

Se burlaron, y hasta aún hoy se burlan, del valor *número*, que sería solo un valor democrático, no revolucionario: la papeleta electoral, no la barricada. Pero el *número*, la *masa*, ha servido para crear un nuevo mito: el mito de la universalidad, el mito de la marea que sube irresistible y ruidosa y derrumbará la ciudad burguesa cimentada en los puntales de ese privilegio.

El número, la masa (muchos en Alemania, Francia, Estados Unidos, Italia... que cada año van creciendo, creciendo...) ha consolidado la convicción de que cada individuo tiene que participar en algo grandioso que está madurando y del cual cada nación, cada partido, cada sección, cada grupo, cada individuo es una molécula que recibe y devuelve la savia que al circular por el cuerpo enriquece el complejo del cuerpo socialista mundial. Los millones de infusorios que nadan en el Océano Pacífico construyen infinitos arrecifes de coral bajo el nivel del agua: un terremoto saca los arrecifes a la superficie y se forma un nuevo continente. Los millones de socialistas dispersos en la inmensidad del mundo también trabajan en la construcción de un nuevo continente: y el terremoto [...].⁹

8.

Es más fácil convencer a los que nunca han participado en la vida política que a los que han pertenecido a un partido ya formado y rico en tradiciones. La fuerza que la tradición ejerce sobre el alma de las personas es inmensa. Un clerical, un liberal que se vuelve socialista, son otras tantas cajas de sorpresas que pueden estallar en cualquier momento con

efectos letales para nuestra unidad. Las almas vírgenes de los hombres de campo, cuando se convencen de una verdad, se sacrifican por ella, hacen todo lo posible para ponerla en práctica.

Aquel que se ha convertido siempre es un relativista. Ha experimentado una vez en sí mismo lo fácil que es equivocarse en la elección de su propio camino. Por tanto, le queda un fondo de escepticismo. Los que son escépticos no tienen el valor necesario para la acción.

Yo prefiero que el movimiento se acerque a un campesino más que a un profesor universitario. Solo que el agricultor debe tratar de obtener una gran experiencia y una gran amplitud de la mente como la que puede tener un profesor de universidad, para que su acción no sea estéril y para que su sacrificio sea posible.

9.

Acelerar el porvenir. Esta es la necesidad más sentida por la masa socialista. Pero ¿cuál es el porvenir? ¿Existe como algo realmente concreto? El porvenir no es exponer en el futuro la voluntad de hoy como si ya se hubiera modificado el entorno social. Por lo tanto, acelerar el porvenir significa dos cosas. Conseguir extender esta voluntad a un número tal de hombres necesario para hacer fructificar la propia voluntad.

Y esto sería un progreso cuantitativo. O conseguir que esa voluntad sea tan intensa en la minoría actual que se haga posible la ecuación: $1 = 1.000.000$. Y esto sería un progreso cualitativo. Incendiar la propia alma y hacer saltar miríadas de chispas. Así que es necesario [...].¹⁰ Esperar hasta ser la mitad más uno es el programa de las almas tímidas que esperan que el socialismo llegue por un real decreto firmado por dos ministros.

La Città Futura, 11 de febrero de 1917

El ocaso de un mito

Un hombre nace en una parte de la superficie de la tierra. Su vida corporal termina abruptamente con la pena de muerte.

Pero la vida de sus obras, de sus palabras, continúa, se expande, se convierte en millones y millones de vidas, imprime su sello en siglos de historia. El hombre se ha convertido en un mito, se ha convertido en una parte de la conciencia universal: ha conquistado la inmortalidad, esa inmortalidad que solo admiten los laicos, y es la perpetuación de una elevada palabra, de un ejemplo sublime de vida moral en el mundo, en las conciencias de los hombres que nacieron después y que aún nacerán en el mundo.

Una nueva civilización se llama por el nombre de aquel hombre. La nueva civilización era una necesidad histórica, estaba contenida potencialmente en la civilización precedente, pero aquel hombre ha encontrado, ha sido capaz de expresar con palabras inmortales aquella necesidad, ha tomado una amplia conciencia de esa necesidad y por lo tanto ha contribuido al nacimiento y a la propagación. Ha lanzado en el mundo grecorromano una idea clave: la diferencia de sangre, de raza, no es una causa de desigualdad entre los hombres: los hombres son iguales, porque son hijos de un mismo padre, porque están manchados por una misma culpa, porque están obligados a la misma necesidad de purificación para alcanzar una vida que es la vida verdadera, y no es de este mundo.

Millones de hombres, que antes se creían seres inferiores, sintieron la igualdad. La esclavitud, la propiedad de los cuerpos humanos, aceleró su descomposición. Esos millones de hombres empezaron a sentir que eran algo, empezaron a reflexionar sobre su propia naturaleza, sobre su propia conciencia.

La fórmula de su redención llegó de un hombre que murió en un determinado lugar por haber afirmado aquel prin-

cipio. Los hombres han identificado grosera e ingenuamente su conciencia con aquel hombre, con ese lugar. Han materializado un fenómeno que era solo ideal. Por ese hombre, por ese lugar, se han matado unos a otros, han soportado sacrificios, han encendido hogueras, han inventado torturas. Pero el mito, la materialización de la idea, fue purificándose de las escorias mortales y contingentes. Otros hombres se sacrificaron. Afirmaron que era la conciencia humana que se liberaba, que, tras reconocerse a sí misma y a su propia energía, había roto los grilletes y las cadenas. El hombre, que había sido deificado, que había asumido una grandeza ficticia y artificial, retornó simplemente hombre, defensor de la verdad, propagador de la verdad, mártir de la verdad. Se engrandeció, pero de la grandeza verdadera y no perecedera que tiene por testigo la eficacia en los siglos y en la historia de una elevada palabra, de un sublime sacrificio por el deber. El testimonio de divinidad se convirtió en testimonio de humanidad, de mejor, más perfecta humanidad, si no de la mejor y más perfectísima. Se convirtió en uno de los momentos más importantes y más significativos de la vieja y paciente lucha que los hombres mantienen contra la naturaleza y contra una parte de sí mismos para ser cada vez más libres, más dueños de su voluntad y de los medios para alcanzarla. Y el propósito que los hombres anhelan con su actividad fue estableciéndose cada vez mejor y ya no fue un fin ultraterreno, otra vida, y también fue humanizado, secularizado. Y la inmortalidad que había que alcanzar fue inmortalidad terrenal, en cuanto los hombres se dieron cuenta de que esa inmortalidad seguía viviendo en las conciencias, en el recuerdo de sus sucesores, porque dichos sucesores trabajaron para mejorar el presente, para que el futuro fuera aún mejor.

Así el mito fue desvaneciéndose. Así fueron perdiendo cada vez más importancia los signos materiales de un episodio del pasado. Un sepulcro, una ciudad. Volvieron a ser simplemente un sepulcro, una ciudad. Los hombres descu-

brieron que la luz que una vez les pareció que irradiaba del más allá, irradiaba en realidad de su conciencia, de su voluntad, de sus propias obras. Y así fue como Jerusalén no fue para los hombres más que uno de los muchos hechos de la guerra europea, y así fue como las campanas no sonaron a gloria, ni la multitud se lanzó alegre a las plazas y calles. No fue tanto que Jerusalén fuera liberada como que los hombres fueran liberados de Jerusalén. Porque una libertad fosilizada, materializada, dogmatizada se convierte en esclavitud, y los hombres, permaneciendo indiferentes a la noticia del advenimiento, documentaron su liberación de la esclavitud del mito cristiano, del materialismo cristiano.

La Città Futura, 22 de diciembre de 1917

El socialismo e Italia

Ha comenzado el acoso al socialismo.¹¹ Ha comenzado el acoso a los socialistas. ¿Quién quiere escupir a Judas en la cara, a los vendidos, quién quiere traer clavos para crucificar al Anticristo?

Liberales, conservadores, clericales, radicales, republicanos, nacionalistas, reformistas, el golpe comenzó, se ha desencadenado. Todos contra los socialistas, no tengan miedo, el Estado está con ustedes, el gobierno está con ustedes, el jefe del ejército está con ustedes. Ustedes tienen *una voz*; sus periódicos pueden escribir, pueden polemizar, pueden pronunciar la última palabra triunfal, pueden formar una opinión pública, que los absolverá, que aclamará vuestra obra. Ustedes solo quieren eso, quieren probar la exaltación de un triunfo, quieren sentirse amos, por un instante al menos, dominar a 35 millones de habitantes, sentirse los dueños de sus destinos, ser sus gobernantes supremos e inapelables.

Será el triunfo de un instante. Ustedes ni siquiera lo han pensado. Dicen ser revolucionarios. Identifican revolución con jacobinismo. Hasta ayer no han tenido confrontación con el Estado, con la autoridad. Ahora son algo, han conseguido por algunos instantes fijarle cierta dirección a la autoridad. Han creído, por eso, haber cumplido la revolución, han creído que se han identificado con el Estado, con la autoridad. Solo han reforzado el Estado, la autoridad. Este ha permanecido tal cual era, en las intenciones, en los programas. No se ha transformado, se ha reforzado, ha adquirido mayor fe en sí mismo, en los propios órganos, se ha alejado todavía más del pueblo italiano, se ha enajenado aún más del país, de las fuerzas vivas del país, del país que se hace, que se organiza, que se transforma lentamente, fatigosamente, y toma conciencia de su ser, de su devenir.

No se conoce la historia del pueblo italiano, su historia íntima, espiritual.

El pueblo italiano, cincuenta años atrás, no existía, era solo una expresión retórica. No existía la unidad social en Italia, solo existía la unidad geográfica. Existían millones de individuos dispersos por el territorio italiano, cada uno haciendo su vida, cada uno aferrado a su tierra, sin saber de Italia, hablando su particular dialecto, creyendo que todo el mundo se limitaba al horizonte de su campanario. Conocía al recaudador de impuestos, a la policía, al pretor o a la corte de Asís, su Italia.

Sin embargo este individuo, muchos de estos millones de individuos han superado esta fase de particularismo, han formado una unidad social, se han sentido ciudadanos, colaboradores de una vida que salía fuera del horizonte de su campanario, que se extendía por áreas cada vez más vastas del mundo, que se extendía al mundo entero. Han sentido solidaridad por los demás hombres, han aprendido a valorar a los demás, y otros el dialecto, han aprendido la lengua italiana, porque en Italia había surgido, ellos habían hecho surgir, un organismo social nuevo, que era el organismo del

que sentían que formaban parte, por medio del cual participaban en la vida del mundo, en la historia del mundo.

Se han sentido hombres. Se han sublevado contra el envilecimiento, contra la infamia, han descubierto en sí mismos al hombre, al creador de la vida. El comienzo del siglo xx marca para Italia un nuevo Renacimiento, el Renacimiento de su plebe, el Renacimiento de los estratos más humildes de la humanidad italiana, la injerencia en la vida social, en la lucha política, en la vida del mundo, de millones de nuevos ciudadanos laboriosos, sinceros, confiados en la propia fuerza. El pueblo italiano se ha organizado, se ha impuesto una disciplina, porque en su corazón, en su cerebro, un sentimiento nuevo, una idea nueva ha surgido. Italia se ha transformado en una unidad política, porque una parte de su pueblo se ha unificado en torno a una idea, a un programa único. Esta idea, este programa único se lo ha ofrecido el socialismo, solamente el socialismo. Este ha hecho, efectivamente, que un campesino de Puglia y un obrero de Biellese hablaran el mismo idioma, se encontraran, tan lejos, expresándose del mismo modo en relación con un mismo hecho, dando un juicio similar de un suceso, de un hombre. ¿Qué otra idea ha creado un fenómeno similar en Italia? ¿Existen en Italia dos ciudades en las cuales el Partido Liberal se presente con iguales ideas, haga triunfar el mismo programa? El Partido Liberal ha pulverizado Italia. Ha recrudecido la diferencia entre norte y sur, con las leyes aduaneras ha creado un feudalismo industrial que dividió Italia en muchas regiones de intereses antagónicos.

El socialismo se ha convertido en el único ideal unitario del pueblo italiano. El socialismo se ha convertido en la conciencia unitaria del pueblo italiano. Millones de italianos se han convertido en hombres, ciudadanos, porque ha habido una idea, el socialismo, que los ha sacudido, que los ha hecho pensar, que los ha sublevado contra el envilecimiento y la infamia. El Partido Socialista es la imagen sensible de esta unidad, de esta conciencia, de este nuevo mundo. Ha comenzado el aco-

so al Partido Socialista, contra los socialistas. Se quiere, por el triunfo jacobino de un instante, destruir toda una historia, suprimir toda una conciencia, anular las ideas, los sentimientos. Todos han tomado la palabra. Todos están de acuerdo. Por un instante de triunfo, por tener la ilusión de tener en la mano el destino de treinta y cinco millones de hombres, por la sádica alegría de ser los dictadores de la opinión pública, se busca destruir, desquiciar, derrocar la historia del pueblo italiano.

El acoso ha comenzado. También ataquen, aprovechen las fuerzas del Estado para atacar. No quebrantarán al socialismo. Quebrantarán a uno, dos, tres mil individuos, ofuscarán a la humanidad, harán recaer en la humillación a millares de individuos, apenas levantados para sentir la propia dignidad.

Pulverizarán la unidad social del proletariado italiano, pero ustedes mismos se volverán esclavos, porque vuestra libertad de ciudadanos solo está garantizada por la existencia de una fuerza antagónica al Estado. Se humillarán a ustedes mismos, porque Italia tiene cierta libertad solo porque existe un proletariado fuerte y unido.

Ataquen. Compriman, quiebren, desquicien. No lograrán más que alejarse de la historia del pueblo italiano, de su conciencia, de su solidaridad. Humillen a los hombres, haganles sentir el peso enorme, implacable de la autoridad, y luego diríjanse a sus corazones, a sus sentimientos.

Ustedes mismos se atan, ustedes mismos se vuelven esclavos. Ustedes se enajenan de la historia de Italia, no de la historia escrita en los libros, sino de la que es más grande y más rica que la historia escrita en los libros. Quiebran entre ustedes y el pueblo italiano todo vínculo de solidaridad, incluso el que existe entre hombre y hombre, solo en tanto hombres. Porque ustedes quieren negarle al pueblo italiano, a millones de italianos la luz de los ojos, la luz que ilumina el mundo para ellos, que ya es la única razón por la que se sienten hombres, por la que creen que la vida es digna de ser vivida.

Il Grido del Popolo, 22 de septiembre de 1917